

Grietas

Cristhian Alexi



Capítulo 1

El día más largo

– Mi tía Flor dice que ya no voy a vivir con mis papás, que ahora voy a vivir con ella. Dice que está muy alegre por eso. – me dice la niña que está sentada en el pasillo esperando a su tía. Su nombre es Emilia.

Le he dicho varias veces que solo me hable cuando esté sola.

– Hay muchas personas bien vestidas y ningún niño con quien jugar. Mi tía dice que estamos en el Ministerio de justicia, pero yo no sé qué es eso. Yo solo quiero jugar. – continúa diciendo la niña mientras masea sus piernas.

Entiendo lo que pasa. No es la primera vez que estoy junto a un niño que se queda sin padres. Hace años conocí a uno que había perdido a los suyos en un incendio.

– Ahí está mi tía. – dice Emilia al saltar del asiento.

La nueva tutora legal de la niña es la hermana de su padre. Fue la única que apareció, la única a quien le importó.

– ¿Y cuándo voy a poder ver a mis papás? – pregunta la pequeña.

– Cuando sean buenos padres. – responde su tía con la mejor sonrisa.

Emilia baja la mirada. No entiende qué significa ser buenos padres, pero sabe que tampoco podrá verlos hoy.

– ¿Y cuándo va a volver Enrique?

– Tu hermano está estudiando. Cuando acabe, volverá.

– Pero, ¿cuándo?

– Muy pronto, cielo. Muy pronto.

Ambas esperan abrazadas en el asiento. La niña quiere irse; está aburrida. Quisiera poder jugar con ella, pero su tía y los demás la verían; y no quiero causarle más problemas de los que ya tiene.

Finalmente aparece la jueza. Fue ella quien cedió la custodia de Emilia a su tía.

– Buenos días, señora Dazza. Disculpe por la demora, pero este lugar es un caos. – dice la jueza.

– Buenos días. No se preocupe jueza Delta. Lo que importa es hacer todo como se debe. – dice la señora Flor.

– Hola, princesa, ¿cómo estás? – le pregunta la jueza a la niña que se sujeta de las piernas de su nueva tutora.

La primera vez que la pequeña vio a la jueza se asustó. Los grandes ojos de búho de la jueza Delta le recordaban a los de de su vecino, el señor Hugo; y él es la clase de personas que detesta a los niños.

– Hija, sé educada y saluda. – dice la señora Flor.

– Hola. Estoy bien, gracias. – responde Emilia tímidamente. No quiere soltar las piernas de su tía.

– Está cansada. Ha tenido que madrugar y es la primera vez que está aquí. – se disculpa su tía.

– No se preocupe. Así son todos los niños: solo quieren jugar. – dice la jueza.

Ambas caminan por los pasillos del inmenso edificio. La señora Flor no suelta la mano de su sobrina, mientras la pequeña canta en voz baja.

El lugar está repleto de adultos que buscan justicia. Son pocos los niños ahí, en su mayoría son bebés.

Las tres han llegado al área de psicología.

– Hija, la jueza dice que tienes que hablar con la psicóloga para que te haga algunas preguntas, ¿entiendes?

– No quiero. Tengo sueño. Ya quiero irme.

Desde que la señora Flor apareció en su casa acompañada de la policía, Emilia ha hablado con varios adultos desconocidos. Todos le han preguntado sobre sus padres, sobre su familia y sobre ella.

– Por eso mismo, esto es lo último para irnos.

– No te creo. Hace rato que estamos aquí.

– Te digo la verdad. Terminas de hablar y nos vamos.

– ¿Lo prometes?

– Te lo prometo. Solo será un rato y nos vamos a casa.

La jueza abre una puerta mientras le sonrío a la cansada niña. Aun así, su cara la asusta.

Capítulo 2

El cuarto de juegos

Dentro de la habitación hay una señora vestida con bata blanca, usa lentes y una diadema con antenas.

– Pero ¡qué bonita niña! ¿Cómo estás? ¿Cómo te llamas? – pregunta.

Emilia está agotada y triste. Sabe que solo debe responder preguntas para poder irse, pero incluso sabiéndolo no puede evitar tener los ojos caídos.

– ¡OH! No estés triste o también me pondré triste. – dice la psicóloga mientras hace caras graciosas para que la niña ría.

La última vez que sus padres la hicieron reír fue cuando tenía tres años, pero ella solo recuerda cuando su hermano la hacía reír mucho, antes que él también cambiara.

La psicóloga lo ha logrado: la niña comienza a reír.

– Te ves más bonita cuando sonríes. ¿No quieres jugar conmigo? Tengo varios peluches y muñecas.

El lugar es un cuarto de juegos: las paredes están llenas de dibujos, hay una piscina de pelotas y varios juguetes.

Emilia asiente y se acerca a jugar.

– Esta muñeca es muy hermosa igual que tú. Se llama Cynthia y quiere saber tu nombre. – dice la psicóloga.

– Si es muy hermosa. Yo me llamo Emilia. – dice entre risas.

– Un bello nombre de princesa. Yo me llamo Dania.

Ambas juegan. La tarea de la psicóloga es poder entrar en la mente de la niña y solo lo podrá lograr si se gana su confianza.

– ¿Te estás divirtiendo?

– Sí, mucho.

– ¿Juegas en tu casa?

– A veces. – responde la niña mientras peina a la muñeca.

Cuando aún vivía con su padre, jugaba sola. Su madre ya se había marchado un mes antes y su hermano una semana atrás. Emilia solo jugaba conmigo.

– ¿A veces?, ¿cuándo fue la última vez que jugaste?

La última vez que jugó de verdad fue con su amiga Sara en el jardín de niños. Les gustaba cocinar para sus muñecos de peluche. Ambas adoraban la pequeña cocina de plástico. Emilia se sintió muy triste cuando su hermano le dijo que no volvería a ver a sus amigos y en especial a Sara.

– Ayer estaba jugando en casa de mi tía.

– ¿Con tu tía?

Al llegar a casa de su tía, encontró varios juguetes nuevos. La hermana de su padre no pudo jugar con ella porque tenía que hablar con su abogado para poder presentarse ante la jueza. Emilia tuvo que jugar sola otra vez. Solo pude hablar un rato con ella en la noche cuando su tía se quedó dormida, pues ambas durmieron juntas.

– No. Ella estaba hablando con un señor.

– ¿Te gusta estar con tu tía?

Emilia no responde. Solo sienta a los muñecos en el piso de goma.

– Tengo varios juegos de mesa. ¿Te gustaría jugar conmigo?

– ¿Cuáles? – Emilia se levanta y se acerca al estante.

Emilia escoge uno y el juego comienza con risas.

Me gusta que la niña sonría. La pobre aún no es consciente de su realidad. Aún no sabe que su madre la ha abandonado, que su padre aún no supera su alcoholismo y que su hermano ha elegido vivir fuera de la realidad.

Cuando llegué a su vida, ella tenía una familia. Cuando me hizo su amigo, las grietas ya habían aparecido y ella ya estaba sola.

Capítulo 3

Un cumpleaños peculiar

– Yo tengo uno así en mi casa. – dice la niña muy alegre.

– Entonces sabes cómo se juega. ¿Me enseñas? – dice la psicóloga.

El juego se llama “Adivina qué soy”. Para poder ganar, los jugadores responderán ciertas preguntas y descartar las respuestas en una cartilla.

Fue en su cumpleaños número cuatro que su hermano se lo obsequió, un 10 de noviembre. Ese día su madre había organizado una pequeña reunión familiar; ella hubiera querido tener los medios económicos para poder celebrarle un mejor cumpleaños a Emilia, pero la situación de la familia no era buena.

– Aquí baja la princesa. – había dicho su madre mientras llegaban a su casa.

La sala había sido decorada con tiras de papel crepé rosado y unos cuantos globos blancos pegados al techo. Habían asistido 5 personas: los señores Torres, abuelos maternos de la niña; la señora Dazza, abuela paterna que había enviudado algunos meses atrás; la pequeña Nicole, prima de Emilia; y por supuesto, la señora Flor Dazza.

La pequeña torta que formaba parte de la decoración la habían preparado su hermano y su madre juntos, aquellos días en los que aún existía el vínculo madre-hijo.

Entre los pocos regalos, el que resaltó sobre todos fue el de su tía Flor: una casa de muñecas. La niña no se había sentido tan feliz con un obsequio. Por supuesto, la señora Flor no medía los gastos: ella aún es la gerente en una empresa de cosméticos en la capital.

La celebración había terminado rápido, pero en ella su padre no había estado. El señor Guillermo Dazza se encontraba en un bar bebiendo con unos amigos; había preferido celebrar el cumpleaños de su hija en compañía del alcohol.

– Emilia ha bailado y jugado tanto que ya se durmió. – dijo Enrique, hermano de Emilia.

– Ha estado muy feliz. – dijo la señora Laura mientras lavaba los trastes.
– Me hubiera gustado mucho hacerle una bonita fiesta.

Cuando su esposo perdió el trabajo y a su padre, se deprimió a tal punto de encontrar consuelo en la bebida. Fue la señora Laura la que pasó a ser el sostén económico de la familia.

– Descuida mamá, el próximo año le haremos una gran fiesta e invitaremos a todos sus amigos. – dijo Enrique.

El chico tenía 16 años; no conocía la realidad del todo, pero aun así creía que todo iría bien. Hoy siento lastima por él. No se merece la vida tan cruel que vive.

En la noche ambos hermanos jugaron con los regalos de la cumpleañera. Enrique tenía que distraer lo suficiente a su hermana para que esta no oyera los gritos de sus padres.

– ¡Oh no! El pequeño oso se ha comido la torta de los invitados.

– No importa. Barbie hará más.

– Más comida. Tengo mucha hambre. – dijo el joven con voz chistosa.

Emilia no paraba de reír. Era muy feliz en su habitación, fuera del mundo real.

– ¿Y tú tienes hijos? – pregunta la niña.

– No, pero tengo dos hermanos que son de tu edad y son muy traviosos.
– dice la psicóloga.

– ¿Y van al jardín?

– Sí, como todos los niños.

– Yo ya no voy.

– ¿No vas? ¿Por qué?

Emilia dejó de ir al jardín cuando su hermano se cansó de ella. A su padre ya no le importaba lo que pasaba a su alrededor y su madre ya se había marchado con su amante.

– Porque nadie me lleva.

– ¿Y tú quieres ir?

– Sí. Quiero ver a la señorita Isabel, a mi amiga Sara, a mi amiga Rosa...

– Quieres ver a todos tus amigos.

– No. A Diego no. – dice la niña que ya no sonrío.

– ¿Por qué a Diego no? ¿Es malo contigo?

– Dice que tengo tres papás y eso no es cierto. Tengo una mamá y un papá. Enrique es mi hermano.

Emilia no lo sabe, pero los niños pueden ser más crueles.

Capítulo 4

Dos padres

Los niños suelen decir lo que piensan sin intención de lastimar, aunque al ir creciendo aprenden el poder de las palabras.

Emilia había encontrado en el jardín de niños algo parecido al calor familiar. Todo lo que ya había perdido en casa aún podía tenerlo con sus amigos y sus maestras. En su realidad así era.

Fue hace dos meses que comenzaron a hostigarla con preguntas sobre sus padres.

– Diego dice que tienes dos papás. – dijo Rosa, la amiga de Emilia.

– Diego es un mentiroso. Solo tengo un papá y una mamá. – respondió Emilia.

– Mi mamá dice que tu mamá tiene dos esposos. – dijo la niña Fernanda.

– Eso no es normal. Las mamás tienen solo un esposo y los papás solo tienen una esposa. – dijo el pequeño Carlos.

Emilia no sabía manejar la situación. Ella no era consciente de lo qué pasaba en su vida.

Durante un juego con varios niños y las maestras, el tema apareció de nuevo.

– Muy bien. Hoy vamos a jugar a contar historias. – dijo la señorita Amanda.

– ¿Quién quiere empezar? – preguntó la señorita Lucía.

Todos los niños levantaron las manos. Todos querían jugar.

– Había una vez una princesa que tenía magia y podía volar. Un día la malvada bruja apareció y la princesa usó su varita y todos quedaron felices para siempre. – dijo Margarita.

– Muy bien, Margarita. Aplausos. – dijo la señorita Lucía.

– ¿Quién más? – apuntaba la señorita Amanda a los niños mientras estos levantaban las manos. – Va Diego.

– Había una vez una niña... – el niño miraba a Emilia mientras hablaba. – que le gustaba jugar con sus dos papás y se divertían mucho.

Varios niños se taparon la boca mientras susurraban el nombre de Emilia; otros se miraban y mostraban sorpresa con las manos en las caras.

– Silencio niños. Silencio. – dijo la señorita Lucía.

Ambas señoritas se quedaron varios segundos en silencio. No supieron qué decir, así que continuaron con el juego.

Al terminar el jardín, su hermano la recogió. Emilia no podía contener las dudas que tenía y le contó lo que había pasado.

– Y para qué haces caso. Son solo niños estúpidos. – dijo Enrique mientras sujetaba a su hermana para cruzar la avenida.

– ¿Pero qué significa? – insistió Emilia.

– Ya cállate. Gasto mi tiempo recogíendote como para hablar contigo. Si quieres saberlo pregúntales a tus padres. – Enrique se encolerizaba más.

– ¿Por qué nadie quiere hablarme? – la niña comenzó a llorar.

– ¡Ya cállate, ¿acaso no entiendes?! – el rostro del joven mostraba furia, pero sus ojos evidenciaban el dolor que sentía al tratar a su hermana de tal manera.

Enrique sabía que la amabilidad solo lo podría quebrar. Había pasado meses sufriendo en solitario; no podía permitirse ser amable. Ya no más.

Aquella noche Emilia lloró; no por los comentarios de sus amigos ni por el rechazo de su hermano, sino por los gritos en la sala. La señora Flor había llegado a casa tras enterarse de la situación de su sobrino. Quería hacerlo reaccionar sobre el camino que estaba tomando. Quería ayudarlo, pero Enrique estaba muy aferrado a su dolor y rencor como para poder entender.

– Ya quiero que acabe. ¿Cuándo va a acabar? – me preguntó la niña.

Sé que los otros prefieren decirles a los niños lo que quieren oír y así convertirse en su mejor amigo, pero yo soy diferente. No le dije nada, solo me quedé a su lado hasta que se durmió.

– Seguro Diego no sabía qué decía. A veces los niños, incluso los adultos decimos cosas sin pensarlo que nos hacen equivocarnos. – le dice la

psicóloga.

– Sí. Diego está equivocado. – afirma con seguridad Emilia.